

«SOCIEDAD DE CONSUMO»

Por JUAN FUSTER

Existe por ahí, y a determinados niveles, una cierta afición a echar pestes de eso que llaman "sociedad de consumo". En la mayoría de los casos, se trata de pequeñas irrisaciones didácticas, a menudo ingenuas, de vez en cuando hipócritas, en cuyo fondo siempre perdura un último resabio de moral jubilada. Toda esta literatura carece de importancia. Se inspira, además, en un equivoco abrumador: da por supuesto que la "sociedad de consumo" es un hecho. Los doctos catones que levantan la voz con ánimo de reproche apenas se dan cuenta de la mediocridad general de la situación. Incluso en los países "avanzados", el ciudadano medio está todavía muy por debajo del "standing" deseable —razonable— en materia de "consumo". Al fin y al cabo, el "consumo" de marras es, antes que nada, un tímido acceso a un repertorio elemental de comodidades. Digo "comodidades" en la plena acepción de la palabra: en su más descarado sentido hedonístico. Tampoco es nuevo el asunto, desde luego. A ello aspiró la gente de todas las épocas. La particularidad actual consiste en que las satisfacciones empiezan a ser ligeramente compartidas. El único reproche serio que cabe hacer es, sin duda, que el "consumo" aún resulta demasiado caro y, en definitiva, privilegiado. No tanto como antaño, pero bastante. Eso salta a la vista.

No nos engañemos: las sociedades del pasado también fueron "sociedades de consumo". Sólo que, entonces, el número de los "consumistas" era dramáticamente corto, y los objetos a "consumir" menos útiles y divertidos que los de hoy. Los archivos están llenos de papeles que atestiguan el entusiasmo "consumidor" de los grandes personajes de la Edad Media, pongo por ejemplo. No hará falta advertir que, en nuestros días, un director de sucursal de banco, un jefe de negociado de segunda, un joven atleta de las relaciones públicas o de la venta a plazos, viven como no les era posible vivir a un monarca medieval o a un abad con feudo rentable. Pero el ansia de "comodidad" —y hasta, al se quiere, de "lujo"— no era menor entre aquellos remotos individuos. Los documentos nos los presentan obsesionados por obtener medicinas gloriosas, o reliquias, que es lo mismo, y vestidos raros, y manjares óptimos, y joyas, y acémilas, y astrolabios, y perfumes exóticos, y todo lo imaginable en el momento. Estaban tan "alienados" por su "consumo" como la clientela actual por el suyo. Los que quedaban marginados de la oportunidad sufrían una "alienación" de otro tipo, exactamente como ahora las multitudes del subdesarrollo. El paralelo podría prolongarse. En la Edad Media, los ascetas de profesión condenaban el "consumismo" de los ricos y la "no" resignación consumista de los pobres: el equivalente hodierno son los moralistas disfrazados de sociólogos y los últimos "hippies".

El hombre de la calle nunca hizo demasiado caso de las conminaciones pudibundas. Su ideal inmediato es "pasar bien". Para cuatro días que uno va a vivir, lo que cuenta es eso: una mínima dosis de estabilidad para el cuerpo y para el ánimo. Y si, por un casual, los cuatro días pueden elevarse a cinco o a seis, miel sobre hojuelas. Este criterio responde a una sensatez biológica irreductible. Las excepciones son otro asunto: el héroe, el santo, el sabio. El gruñido de la especie se contenta con poder salir del paso sin excesivos dolores, sin privaciones ominosas, sin miedos innecesarios. El programa carece de brillo, de solemnidad retórica, pero es tremendamente humano. Se comprende que, cuando unos tios espabilados han convertido la "esperanza de consumo" en una mitología política, buena parte del vecindario se haya apuntado a ello. Como en otras circunstancias produjeron su impacto eslógans de idéntico propósito: "panem et circenses", "la poule au pot". Me temo que se recuse el módulo como un infecto proyecto pequeño-burgués. No digo que no lo sea. Convendría examinar atentamente si la vocación instintiva de la humanidad no es conseguir el grado de la "pequeña-burguesía". De momento, las nociones que el "igualitarismo" doctrinal ha puesto en circulación van por ese lado... Pero reconozco que la referencia a la "pequeña-burguesía", tan desacreditada, puede dar pie a confusiones.

Lo de menos es el nombre. Interesa lo práctico: una casa, una salud, unos trastos que ayuden el trabajo y el ocio, una dignidad personal respetada, y algo más por el

estilo. Continúo hablando de la "regla general": de la modestia cotidiana y rutinaria. Como antes he subrayado la excepción del héroe, del santo y del sabio, aquí convendría destacar otras: otras, vinculadas a luchas pendientes, de emancipación, de reajuste, e incluso de pura venganza. Son cosas que ocurren y que han de ocurrir. El tema de que hablamos —y hablamos por hablar— se inserta en un complejo magma histórico, donde los planteamientos nunca son sencillos. Bien mirado, decir "sociedad de consumo", a secas, ya es hacer trampa. Con frecuencia lo olvidamos. Pero de algún modo hay que acercarse al problema, y los súbditos del Neocapitalismo lo tenemos dispuesto así. Es un encuadre aséptico: como al la compra-venta fuese una operación de química orgánica o de física nuclear, sin connotaciones explosivas. Por eso retiro la alusión a la "pequeña-burguesía". En el lio conceptual en que se mueven los contribuyentes hay ocasiones en que la pretensión de disponer de un poco de silla, de un plato con alimentos, de un libro, resulta ignominiosamente "pequeño-burguesa". Y lo es, claro está... Sea como fuere, tal es la aspiración mínima, echando por bajo. La fórmula cumplida es "sociedad de consumo". Los demiurgos de esta "sociedad" le han conferido un aspecto de "promesa permanente" que llega a puntos claros de elucianación.

Y aquí quería venir a parar. Al "consumismo" le están saliendo unos críticos inéditos: críticos que no tienen nada que ver con la ética ni con la estética. Pertenecen a las ciencias más involucradas en la manobra: las "ciencias" de veras, y alguna "ciencia aproximativa", como la economía. Estos señores están desencadenando una campaña de alarma "contra" el "consumo". Y hay que prestarles atención, de entrada, precisamente, porque sus argumentos son "neutros": científicos. O lo parecen. En un resumen expeditivo, sus recelos podrían explicarse así: al paso que vamos, no se aguantará el tinglado: el mundo está archipoblado, y el futuro se presenta con una eufórica expansión genésica: el "consumo" actual ya supone una explotación abusiva de los recursos naturales de que disponemos; esa explotación, además de abusiva, suele ser irracional; quizás hay otras probabilidades de obtener rendimientos, ya meramente técnicas —al puedo decirlo así—, pero todavía no funcionan: el ritmo de "consumo" a que nos vamos habituando acabará siendo intolerable; o limitamos nuestra —módica, ¡ay!— comodidad incipiente, o dentro de cien años, o doscientos, nuestros biznietos se las verán muy negras... Cosas como estas ya las escribía Aldous Huxley muchos años antes de que se decidiese definir la sociedad en marcha como "sociedad de consumo". Sospecho que Huxley no fue el único. El, en todo caso, protestó desde sus ensayos agudos y difundidos: una tierra esquilmada, el derroche de sustancias aprovechables que implican el water y el fregadero, la acelerada, crapulosa succión de las minas y los pozos, el deterioro progresivo de la naturaleza viva, eran evidencias evocadas asiduamente en aquellos papeles. Hoy lo hacen los expertos.

¿Qué hay de seguro en tales desasosiegos augurales...? Uno no se fia ni de su padre, y es lógico. ¿Son estrictamente "científicos" los cálculos pesimistas? ¿Obedecen a alguna maquinación picaresca...? La suspicacia es lícita. En última instancia, el "consumismo" occidental cristiano descansa sobre unos dispositivos estructurales, económicos, que, a juzgar por su aparatosa refracción monetaria, la más comprensible para el profano, no ofrecen una solidez exactamente granítica. Hay algo en Dinamarca que huele a podrido, que decía el otro. Quizás el monumento-fábrica-tienda del Consumismo —ahora con mayúscula— corre el riesgo de hundirse cualquier día. Es una hipótesis. Es de suponer que los protagonistas de la crisis de 1979 serán más hábiles que sus bisabuelos de 1929; pero la perspectiva es oscura y permite mil inquietudes previas. Por otro lado... La "prosperidad", por más aparente que sea, siempre ha sido fuente de subversiones. Quizá por aquello de que, en un determinado estadio de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, como opinaba don Carlos. O quizá por alguna otra razón. No lo sé. El "développement" en todas partes se traduce en crispaciones sociales. Puede que, frenándolo, se restablezca la cima. La antiquísima calma... Cualquier perplejidad es admisible...

MIL MILLONES

SUDAFRICA: EL GRAN LAS CREMAS... BLANQUEADORAS SERIAS ADVERTENCIAS

En la República de Sudáfrica, tener la piel blanca resulta una "buena vida", de manera que no tiene nada de sorprendente que traten de blanquear su piel por todos los medios.

Otras personas que oficialmente están clasificadas como blancas, están recurriendo también a la utilización de una gran cantidad de cremas blanqueadoras, puestas a la venta en el mercado sudafricano. Pero al hacer esto, algunas personas causan daños serios o llegan incluso a desfigurar su piel.

La frase "lo negro es hermoso", que tanto ha hecho por elevar la propia estimación de los negros americanos, se desconoce prácticamente en la República de Sudáfrica, y las perfumerías y farmacias de los distritos africanos y de color (mixtos) siguen haciendo todavía un gran negocio con la venta de productos "blanqueadores".

Algunas de las cremas pue-

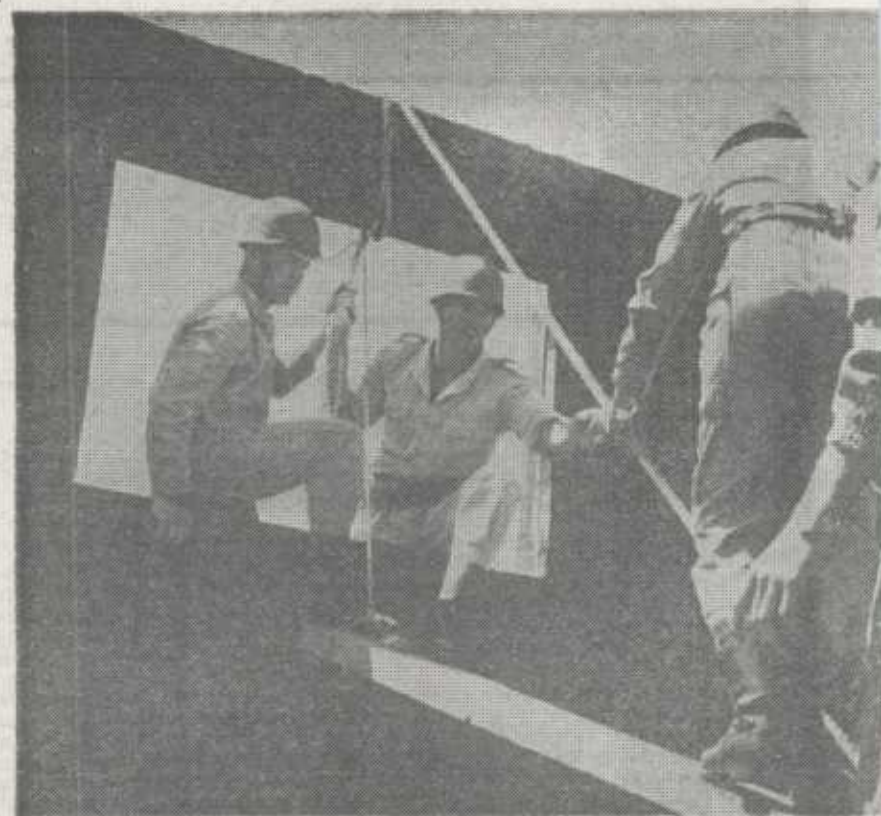
tán bien a la vista en el hospital de Johannesburgo, donde de todos los años es preciso tratar a 1.800 pacientes aquejados de enfermedades de la piel debidas a la utilización de tales cremas.

En las calles de la ciudad se ve con frecuencia a personas que lucen parches negros en el rostro y otras partes del cuerpo, resultado en muchos casos del empleo de

podían causar graves daños a la salud, debido a la presencia de mercurio.

En algunos casos, el uso de estas cremas ha provocado la aparición de ampollas y, en general, de lesiones graves.

Se calcula que más de 100 de los afectados han resultado con graves lesiones.



Militares sudafricanos durante unas pruebas de entrenamiento. La mayoría de los hombres de este país es el color de la piel

tas en venta son eficaces. Otras, si bien no son eficaces, tampoco resultan perjudiciales. Pero los dermatólogos sudafricanos afirman que algunos de los productos en venta no sólo pueden desfigurar a las personas que los utilicen, sino incluso tener graves efectos internos para ellas.

TRAGEDIA

Algunos de tales efectos es-

las cremas blanqueadoras de la piel.

Peró no siempre son estas últimas las culpables directas. Debido a su complejidad, son susceptibles de provocar el desencadenamiento de alergias, que la persona afectada tal vez ni siquiera asocia con el producto que utiliza para blanquearse la piel.

Hace unos meses, el "Medical Journal", de Inglaterra, informaba de que algunas cremas blanqueadoras de la piel

otra época, los hay que tratan de blanquear la piel con productos que contienen mercurio, lo que puede ser muy peligroso para la salud.

Se calcula que más de 100 de los afectados han resultado con graves lesiones.

SU U

Peró incluso en el caso de los africanos que